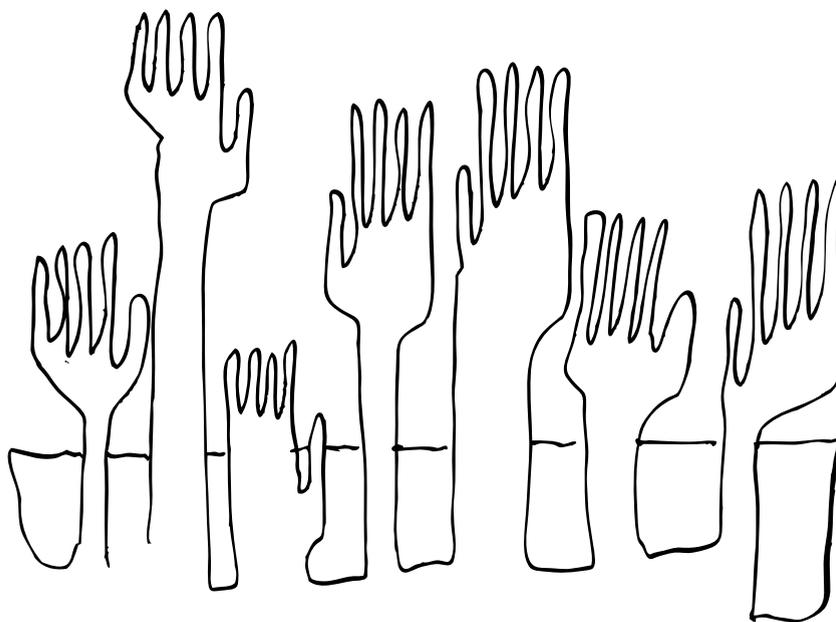


La sociedad civil mexicana, verdadera promotora del bien común

Armando Rodríguez Cervantes



El 28 de septiembre de 1991, el Doctor Salvador Nava Martínez, de 77 años de edad, inició desde San Luis Potosí una caminata con rumbo a la Ciudad de México, conocida como “Marcha por la dignidad”. La célebre caminata que contó entre muchos otros con la presencia de don Luis H. Álvarez y de Vicente Fox, tuvo como propósito original buscar que se respetara la voluntad electoral de miles de potosinos que en el proceso electoral de aquel año habían votado por el doctor Nava para gobernador. Por las circunstancias que la originaron, por la trayectoria democrática ampliamente reconocida de su impulsador y por el dolor físico que éste tuvo que soportar a causa de un cáncer terminal, la Marcha por la dignidad terminó por convertirse en un referente histórico obligado de la lucha emprendida por la sociedad civil en pos de la democracia, y el doctor Nava en un símbolo paradigmático de esa sociedad civil mexicana encarnada en un personaje.

Un año después, y poco antes de su muerte, el doctor Nava resumió en un par de palabras su trascendencia de verdadero demócrata, al apostar por la transición, el diálogo y el entendimiento como métodos de transformación de la sociedad, al afirmar que “para alcanzar la justicia social en México, es imperativo que se realice un diálogo nacional sin excluir a nadie. Sólo así se garantizará el tránsito pacífico hacia el humanismo y la demo-

cracia, evitando rupturas sociales tan innecesarias como dolorosas (...)”.¹

Así fue como el doctor Salvador Nava, hombre de la sociedad y luchador civilista histórico desde el terreno de las ideas –como buen potosino–, logró con su ejemplo demostrar que la verdadera vocación de la sociedad civil está en ser propulsora permanente de bien común, por encima del interés personal.

Este tipo de compromisos con los ciudadanos son los que por sí mismos, al paso del tiempo, terminan irónicamente por generar un reconocimiento duradero para quienes los promueven, como lo hicieron los potosinos en fechas recientes, concretamente el 18 de mayo de 2007, al develar precisamente en San Luis Potosí y a 15 años de su fallecimiento, una estatua a manera de homenaje a su prohombre, el doctor Salvador Nava, símbolo de la sociedad civil.

Pero en sí ¿qué es la sociedad civil? Por su propia naturaleza multifacética, la sociedad civil no puede definirse como un concepto aislado, privativo o reducido. Es decir,

¹ Extracto de la carta del Doctor Salvador Nava Martínez, días antes de su muerte, ocurrida el 18 de mayo de 1992.

entendida como “la suma total de aquellas organizaciones y redes que se ubican fuera del aparato estatal formal”,² la sociedad civil conjuga lo mismo a organizaciones de profesionistas, que a sociedades culturales, clubes deportivos, grupos de estudiantes, sindicatos, medios de comunicación, partidos políticos y un muy largo etcétera. Pero sin duda prevalece el denominador común de ser organizaciones de ciudadanos, o sea, ajenas a la esfera gubernamental.

De suerte que, ateniéndonos a su característica más descriptiva, cualquier agrupación, nacida al amparo del poder público está viciada de origen y por ende no puede o no debiera considerarse como sociedad civil encarnada; si acaso, como grupo de interés, en la peor acepción de este último término, pero no como sociedad civil. En este sentido, a mayor alejamiento o contraposición con el poder público y con sus recursos financieros, mayor sociedad civil, y a un mayor acercamiento o beneficio económico de los grupos de poder, aquélla disminuye.

Dicho de otro modo y a contrario sensu, una agrupación nacida al amparo del poder público, auspiciada, promovida, protegida o financiada por el poder público, nunca podrá ser considerada como sociedad civil, sino como grupo de interés, así de sencillo. Ejemplos sobran en nuestro país y me remito solamente a cuatro: los sindicatos o agrupaciones corporativas heredados del priísmo o bien sus propias disidencias; los transportistas irregulares o piratas; los vendedores ambulantes; y las redes o contingentes ciudadanos clientelares movilizados con dinero público (sea de manera directa o mediante el desvío de recursos públicos).

En el caso de los principales partidos políticos en México y por lo que respecta a su origen y mística, el PAN es el único de los tres grandes que es un producto neto de la sociedad civil organizada, en este caso, la suma de universitarios con profesionistas. Los otros dos, por lo que respecta a su origen, fueron producto del poder mismo y de su fractura interna, respectivamente.

Si entendemos el requisito fundamental para considerar a una agrupación como sociedad civil —es decir, su alejamiento del poder público—, no resulta difícil darse cuenta de que la misma característica debe tener el mayor representante de la sociedad civil, o sea el ciudadano. De tal suerte que productos netos de la sociedad civil mexicana y transformadores de ésta con un claro sentido civilista fueron, en el ámbito político, además del doctor Nava, personajes de estatura moral como Víctor Manuel Correa Rachó, Heberto Castillo y Manuel J. Clouthier; y en el ámbito del conocimiento, titanes de la cultura como Octavio Paz y José Vasconcelos. Todos ellos desde sus propias trincheras y como dignos representantes de la so-

A mayor sociedad civil apoyada por los gobiernos como su principal activo, el camino de México hacia el bienestar general estará mejor definido.

iedad civil, le apostaron al ciudadano y a su capacidad de consciencia, lo respetaron y honraron. No los embrujó el poder, antes bien en algunos casos lo buscaron como derrotero hacia el bien común. Tampoco impusieron por la fuerza sus ideas, y aunque críticos del poder público de su tiempo, respetaron a las instituciones y pugnaron por la transformación pacífica. Apostaron por crear, por encima de las desviaciones del chantaje y de la intentona golpista más rampantes que descrean. Actitud esta última que es por ende bastante explicable en quienes han sido producto del poder mismo, o bien crecieron y desarrollaron a su amparo.

La sociedad civil en nuestro país ha sido entonces la principal y verdadera promotora del bien común, originadora de ese círculo virtuoso formado por los componentes conciencia ciudadana-demanda ciudadana-libertades públicas-transformaciones-conciencia ciudadana, que hoy en día ha sido fundamental en el proceso de transición como sociedad y como país que atraviesa México.

El gran reto que en 2007 enfrenta la sociedad civil mexicana es, primero que nada, defender por la vía de las ideas y de la acción los grandes avances institucionales que promovió en los últimos lustros, entre ellos a la democracia misma y a sus instituciones. Y debe pugnar además por abatir la desigualdad, originada en muchos casos precisamente por los personajes o grupos del poder que paradójicamente inhiben la transformación y el desarrollo que supuestamente enarbolan.

A mayor sociedad civil apoyada por los gobiernos como su principal activo, el camino de México hacia el bienestar general estará mejor definido. ■

² Thomas Carothers, “Civil Society”, Foreign Policy, invierno de 1999-2000, p. 18.